



ULISES Y LOS CIEN MIL
HIJOS DE SAN LUIS

Fernando Busto de la Vega

ULISES Y LOS CIEN MIL
HIJOS DE SAN LUIS



Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Busto de la Vega

ISBN: 978-84-18958-20-5

ISBN digital: 978-84-18958-21-2

Depósito legal: M-28043-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los millones de españoles traicionados y estafados por sus
próceres y políticos de ambos bandos en estos últimos siglos inicuos y
perdidos (XIX, XX y XXI).
Por el resurgir.*

1

El famoso y controvertido duque de San Félix nunca sintió más vergüenza, impotencia, tristeza y desesperación que en Río de Janeiro aquel invierno de 1821.

Después de ser hecho prisionero de guerra por los rebeldes rioplatenses y chilenos en Maipú, de sufrir meses de dura prisión en medio de la nada, en el presidio desértico de San Luis de Rioseco, de una revuelta que terminó con la mayoría de sus compañeros realistas y peninsulares muertos, de pasar meses vagando por la pampa acosado como una alimaña por los indios, de atravesar a nado o en balsas construidas con sus propias manos ríos caudalosos y peligrosos, de alcanzar Montevideo tras mil kilómetros de fuga al borde de la extenuación y de la pobreza, de vivir allí como un mendigo y de lograr alcanzar Río de Janeiro enrolado como simple marinero en un barco portugués, toda su esperanza se cifraba en poder ser recibido en la corte portuguesa que entonces se encontraba fijada en aquella ciudad de Brasil.

Estaba seguro de que los reyes le socorrerían, después de todo era un Grande de España, con casi una docena de títulos nobiliarios heredados y uno, el de duque de San Félix, ganado por su lealtad y heroísmo durante la invasión francesa. La reina de Portugal, doña Carlota Joaquina, era hija de Carlos IV, hermana, por lo tanto, de Fernando VII y ni ignoraba lo preclaro de su linaje ni el propio duque le iba a resultar desconocido. Además, la corte se estaba preparando para volver a Europa en circunstancias no poco azarosas, los liberales, como había sucedido en España en 1820,

amenazaban con hacerse con el poder en Portugal y un hombre como él, con larga experiencia militar, general de los Reales Ejércitos y de fidelidad probada a la monarquía absoluta, iba a resultar siempre útil al servicio de un rey en apuros.

Estaba dispuesto a ser leal a su salvador y permanecer con Juan VI, el rey de Portugal, hasta que hubiera resuelto sus problemas o le diera licencia y pasar luego a España para combatir a los liberales. Pero para eso necesitaba ser reconocido y admitido en la corte y no encontraba modo de conseguirlo.

Después de dos años viviendo en la indigencia, harapiento, macilento, con la piel tostada y la barba crecida, nadie era capaz de ver en él a un Grande de España, a un general del Ejército. Cada vez que se presentaba en el palacio de Sao Cristovao para solicitar audiencia, era rechazado hasta por el último portero. Ni siquiera lograba hacer que le atendiesen y uno que escuchó cómo se proclamaba duque de San Félix y marqués de Acanduer se rio de él y pretendió azotarle. Por supuesto, no se lo permitió. Se defendió y le derribó fácilmente, pero tal hazaña le convirtió, sin pretenderlo, en un perseguido. El ujier llamó a la guardia y el duque tuvo que darse a la fuga para no ser detenido. Después de aquello, ya no se atrevió a acercarse al palacio real y determinó llegar a Europa por sus propios medios, fuera como fuere. Con todo lo que había pasado desde su huida de San Luis de Rioseco no iba a amilanarse por unas pocas dificultades más. Sobre todo, después de haber logrado enrolarse en un barco en Montevideo para llegar hasta Río de Janeiro. Ahora ya tenía experiencia marinera y eso solo podía facilitarle las cosas.

Durante algún tiempo, estuvo recorriendo a diario el puerto en busca de un barco necesitado de tripulantes que se dirigiera hacia Europa sin hacer escala en tierras españolas, había determinado ya pasar a Francia y desde allí ponerse en contacto con amigos, familiares y correligionarios que le ayudaran a restablecer su situación y a organizar una partida armada o cualquier otro medio de lucha contra los liberales a los que consideraba instrumentos de Ingla-

terra para destruir el imperio y la nación misma de España y a los que odiaba con toda su alma. También, por qué no decirlo, por el hecho de ser partidarios de acabar con los señoríos y con la nobleza, es decir: con todo aquello que le constituía como ser humano. Su linaje se remontaba al siglo IX como poco y siempre había tenido tierras, títulos y vasallos; al duque no le resultaba concebible otro modo de vivir si bien las guerras perdidas y las décadas pasadas le acabaron enseñando muchas cosas que, en gran medida, no aprendió con gusto, pero le hicieron cambiar, ya en su vejez, allá por mediados del XIX, de opinión y perspectiva. No obstante, en 1821 era todavía un absolutista convencido.

La espera del nuevo navío en que embarcarse no resultó sencilla. El poco dinero cobrado por su trabajo en el que se había trasladado a Brasil estaba ya gastado y se veía obligado a sobrevivir con trabajos eventuales (cargando como estibador, cosa nada fácil sobre todo por la animadversión de los estibadores locales, muy poco amigos de extranjeros que les quitaran el trabajo, con algunos de los cuales tuvo agrios enfrentamientos que llegaron a los puños y los cuchillos) o bien mendigando, actividad muy poco grata para nadie y mucho menos para alguien como él a quien con cuatro años los criados trataban de amo y el resto de la sociedad de «don». El duque, incluso antes de serlo y de convertirse en heredero de su Casa, fue siempre don Félix Manuel y ahora se veía precisado a quitarse el andrajoso sombrero y extenderlo humildemente para poder malcomer. A veces la furia que esta situación le provocaba era de tal calibre que se conformaba con cazar ratas y comerlas asadas en cualquier hoguera de fortuna con tal de no volver a mendigar. Hasta ese punto llegó la miseria en la que se encontraba el que fuera destacado y acaudalado noble, héroe nacional y habitual amigo de reyes y grandes en Europa.

Finalmente, le admitieron en un barco mercante inglés que se dirigía hacia Plymouth, el Cordelia, sin pisar puertos españoles.

Ya había navegado otras veces y tenido experiencia como marinero entre Montevideo y Río de Janeiro, de modo que ni le sor-

prendió el duro trabajo que le esperaba, ni la bazofia del rancho, ni el pestilente aroma de la bodega en la que los marineros, entre los que se contaba, dormían hacinados como borregos, ni las prácticas homosexuales entre los tripulantes, que él rehusó siempre, en ocasiones teniendo que recurrir a la furia y la fuerza contra varios ingleses borrachos, ni la dureza de los oficiales que gobernaban el barco a latigazos e insultos. Todo eso lo esperaba. Se limitó durante semanas a apretar los dientes y aguantar mientras los vientos le llevaban lentamente hacia el norte.

Naturalmente, no hizo amigos en aquel infierno flotante. La mayor parte de los tripulantes eran ingleses y el duque ignoraba esa lengua; además, le odiaban por considerarle inferior, un medio indio de las colonias españolas. Había un par de negros que hablaban francés y que compartían con él la situación de seres inferiores, alejados de la gloriosa raza sajona, pero veían en él un blanco de tan poca confianza como los ingleses de modo que tampoco le profesaron demasiada estima. Eso sí, al menos pudo hablar algo con ellos. Por supuesto el capitán y sus ayudantes ni siquiera le miraban si no era para gritarle e insultarle, alguno incluso le propinó algún puntapié que en condiciones normales le hubiera costado la vida. Nadie trata así a un Grande de España y vive para contarlo; desgraciadamente, en aquel barco él no era un noble, solo un marino de la peor estofa.

Después de lo que le pareció un siglo, llegaron a las Azores, que estaban agitadas. Por todas partes estallaban pronunciamientos liberales que las tropas del rey de Portugal, que por cierto ya había llegado a Lisboa, ahogaban en sangre. Por aquellas fechas, el mundo parecía vivir una conmoción generalizada. Aún no se habían apagado los ecos de las guerras napoleónicas y por toda Europa se reproducían las sublevaciones, América entera estaba sumida en una cruel guerra civil... Siendo supersticioso, podría haberse llegado a creer que el mundo se acababa. Pero el duque estaba contento. Para él las Azores significaban estar a un paso de Europa y mucho más cerca de salir de la horrible miseria que le

afligía desde que fue capturado por los rebeldes en Maipú, donde participó como general, pero bajo identidad supuesta, de incógnito, condición puesta por Fernando VII para dejarle pasar a América cuando decidió implicarse en aquella guerra. Pronto volvería a ser el señor duque de San Félix.

Con esa certeza, el viaje hasta Lisboa se le hizo casi un paseo. En esta ciudad se detuvieron más de una semana para hacer aguada, cargar provisiones y otras labores rutinarias y ello le permitió bajar a tierra y pasear por las calles y tabernas e incluso adquirir periódicos. Supo así la situación en la que se encontraban Portugal y España, la inactividad de la Santa Alianza, frenada por los intereses de Inglaterra... Además, pudo adquirir papel y pluma y remitir una carta a su sobrino segundo, el duque de Montefiascone, en Nápoles, avisándole de su regreso a Europa y pidiéndole que le remitiera algo de dinero a Burdeos, donde pensaba recalar en busca de amigos exiliados, con el que recuperar parte de su estatus. También le pidió información sobre su familia, su mujer y sus hijos, a los que había dejado en España cinco años antes, cuando partió para América, y de los que no tenía ninguna noticia desde su partida de Lima con el ejército realista, antes de su captura en Maipú. No se atrevió a contactar directamente con ellos dirigiendo el correo a alguno de sus palacios por si los agentes liberales interceptaban las cartas y tramaban algún género de golpe contra él. La carta que remitió a Nápoles iba firmada por Félix del Pueyo, nombre perfectamente anodino para la policía constitucionalista, pero seguramente significativo para el duque de Montefiascone, que conocía el señorío y el palacio de recreo de su tío en la localidad de Pueyo de Alfranca, cerca de Zaragoza. Lugar al que correspondía, además, uno de sus títulos: el de señor del Pueyo de Alfranca.

Escribió también una carta similar a su primo, y tío del duque, don Pedro Carlos de Montefiascone, que estaba haciendo carrera eclesiástica en los Estados Pontificios y acabaría llegando a cardenal aspirante al papado y, entonces, en 1821, ocupaba un excelente puesto en Ferrara. Le pidió también dinero e información.

Solventados estos problemas, la última etapa del viaje del duque resultó casi feliz. Estaba seguro de que lo peor de sus tribulaciones empezaba a quedar atrás. Casi con toda seguridad le quedaba por delante toda una guerra civil, pero tras haber participado en la de la Independencia y en las campañas de América, eso le parecía moco de pavo. Después de todo, en esa supuesta guerra volvería a ser un Grande de España y general de los Reales Ejércitos. Es decir: él mismo, con el rango al que estaba acostumbrado y que sin duda le pertenecía por designio divino. Entonces todavía pensaba que los reyes y los nobles ocupaban el puesto que ocupaban por designio del dios cristiano y que mantener ese orden social era lo mismo que servir al orden divino. Los años y las derrotas le aportaron una visión de las cosas mucho más relativa. Por supuesto jamás comió la infamia, lo decía así, de convertirse en liberal; para él, el liberalismo era una simple expresión de la avaricia de los protestantes y el instrumento que empleó Inglaterra para destruir a España, pero, con el tiempo y tras la muerte de quien él denominaba Su Majestad Carlos V de Borbón, personaje a quien siguió después de 1833 y a quien guardó permanente lealtad durante su vida, acabó convirtiéndose, públicamente, además, en socialista. Aunque dada su avanzada edad por entonces a casi nadie le importó, lo tomaron por el delirio de un viejo chocho sin ninguna relevancia política ni social. Él, en su destierro de Trieste allá por 1860, sonreía ante el pasmo y el escándalo de quienes todavía le visitaban y explicaba su decisión diciendo, con no poca ironía, que el socialismo estaba de moda y él siempre había gustado de estar a la última. Además, y aquí se ponía ya serio, una cosa estaba clara: si el orden nobiliario, como parecían demostrar los acontecimientos de aquel malhadado siglo XIX, no era la voluntad de Dios, entonces el único orden moral era el de la igualdad y la hermandad entre todos los seres humanos.

Pero entonces, en 1821, solo pensaba en restablecer el absolutismo y los derechos de la nobleza poniendo en orden sus señoríos que desde la invasión francesa de 1808 vivían en perpetua conmo-

ción y en muchos casos sin reconocer los que estimaba sus legítimos y sagrados derechos. No era en aquella época, con 36 años, un pacifista ni su ánimo podía calificarse de conciliador. Soñaba con restablecer el orden destruido por la Revolución francesa y en el que había crecido y sabía que no podría hacerse pacíficamente. Habría que hacerlo a sangre y fuego y estaba dispuesto a asumir el papel que su condición nobiliaria le exigía. Del mismo modo que sus antepasados habían construido los Estados que le correspondían luchando contra los moros en la Reconquista, él los defendería haciendo lo propio contra los liberales. Sí, definitivamente era entonces un hombre lleno de furia y de orgullo, tan orientado a la guerra que difícilmente resultaba simpático, más bien altivo y fanático.

Después de Lisboa, el barco que le transportaba desde Brasil tenía prevista una última parada antes de llegar a su destino inglés. Era en el puerto francés de La Rochelle. Apenas fondearon allí y echaron el ancla, el duque desertó.

En Francia seguía siendo un vagabundo sospechoso y era consciente de no cambiar de estatus hasta encontrar amigos y conseguir algo de dinero que le acreditara como duque de San Félix, de modo que, de inmediato, se puso en camino hacia Burdeos. Iba a pie y caminando por la noche para evitar ser visto por los campesinos y la policía. Quizá para otro cualquiera el camino hubiera estado lleno de dificultades y aventuras, pero él había atravesado la pampa con los indios pisándole los talones y después de enfrentarse a los ranqueles y los charrúas ciertamente los campesinos franceses y sus cuerpos de policía le parecían escasamente temibles. Como mucho, si le cazaban, llegarían a encarcelarlo. Ni le torturarían ni le matarían. Así que el viaje entre La Rochelle y Burdeos supuso una amena excursión durante la cual, para alimentarse, robó alguna gallina y alguna oca y, por necesidad, se apropió de alguna ropa ajena... Pero ni le vieron ni le capturaron.

Entró en Burdeos disfrazado de granjero girondino y recorrió los cafés, seguro de encontrar en ellos exiliados españoles. No se

equivocó. Incluso tuvo mucha más suerte de la que podría haber esperado. Uno de los primeros conocidos con el que topó fue su primo Fernando de Montefiascone, hermano del que llegaría a cardenal y tío del duque de ese mismo Estado. Nacido en Nápoles, había llegado a España exiliado con la invasión francesa del reino e ingresado en la compañía italiana de las Reales Guardias de Corps. Cuando el duque partió de incógnito para América en 1817 ya era general y, más tarde, se había exiliado a Francia después del golpe de Riego en 1820. Aparte de primos eran muy buenos amigos (gran parte de su carrera militar había sido conjunta) y se alegraron mucho de verse, aunque fuera en la miseria y el exilio. Por supuesto, el general Montefiascone acogió en su humilde casa a su primo, el duque de San Félix.

2

El general Fernando de Montefiascone nunca había sido rico. Tercer hijo varón del abuelo del actual duque de Montefiascone, todos sus haberes habían provenido siempre de sus sueldos como militar al servicio de España, de modo que no llegó a poseer una gran fortuna. Para colmo, al exiliarse en Francia había perdido sus ingresos y llevaba prácticamente un año viviendo de unos magros ahorros que se agotaban rápidamente. En consecuencia, habitaba con su esposa y sus cinco hijos en un minúsculo piso de las afueras de Burdeos que, de todos modos, en comparación con las miserias padecidas en los últimos años, al duque de San Félix le pareció un lujo mayor que cualquiera de sus palacios españoles.

En realidad, su situación, la del general, y bien mirado lo mismo podía decirse de la de su primo el duque, no era especialmente desesperada. Sabía que, de desearlo, podría ocupar plaza en el Ejército francés, necesitado de jefes realistas, y, en todo caso, sería bienvenido en los Ejércitos de Nápoles, los Estados Pontificios o Austria y más en aquellas circunstancias, cuando los carbonarios habían puesto patas arriba Italia, pero no perdía la esperanza de que comenzara una sublevación realista en España, cuyos campos estaban atestados de partidas contrarias a los liberales, y poder entrar en acción con entera libertad, cosa que no sucedería si sentaba plaza en un ejército extranjero. Evidentemente, si pasaba el tiempo y el dinero se le acababa sin que nada sucediera, debería tomar otras decisiones, pero, de momento, podía aguantar todavía unos meses.

El general Montefiascone vivía en la más estricta austeridad, careciendo, incluso, de caballo, cosa impensable para un general que además procedía de familia nobiliaria. La mayor parte de su tiempo la empleaba en conspirar con otros exiliados realistas y algunos afines franceses. Había reunido un grupo de hombres dispuestos a tomar las armas, aunque no disponían todavía de ellas ni de medios para conseguirlas. El general dirigía constantes instancias a sus parientes italianos, a su sobrino el duque y al hermano que llegaría a cardenal, solicitando subsidios, pero no conseguía ser escuchado. Tampoco en Francia tenía demasiada suerte. La revolución había hecho saltar por los aires a la nobleza y ya solo se podía recurrir a financieros sin más credo político que el rédito. Y el pobre general carecía de crédito. En ese sentido, la llegada del duque despertó muchas esperanzas y simpatías en su círculo de seguidores. Todos tenían la imagen de un duque de San Félix con palacios y señoríos y lo cierto es que les disgustó conocer su verdadera situación económica. Con todo, siguieron tratándole con el debido respeto y escuchando sus opiniones que entendían a menudo como órdenes.

En realidad, aquellos primeros tiempos de Burdeos fueron muy felices para el duque. No le importaba la pobreza, ni que sus dos únicos trajes se los hubiera prestado su primo el general, ni comer a su costa, ni siquiera no tener un horizonte claro sobre cómo encarrilar su vida en el exilio, aunque su condición de general acreditado le abría perspectivas en la mayor parte de los ejércitos de Europa. Incluso tener que compartir dormitorio con los hijos varones de su primo (Manolito, de catorce años, Carlitos de ocho y Félix, que había nacido después de su marcha a América, de tres) le hacía sonreír. Él tenía tres hijos propios de su matrimonio, pero las guerras le habían mantenido lejos de ellos y de su esposa. Desde 1808, salvo en breves periodos, no había sabido lo que era el calor del hogar y, aunque a menudo se entristecía pensando en su propia familia, disfrutaba mucho con sus sobrinos. Era el caballito favorito de los más pequeños, a las niñas, Isabel, de diez años y Luisa, de seis, las enseñaba a bailar y a hablar con los abanicos, cosa que

hacía reír no poco a su primo el general y a su esposa, que no esperaban rasgos tan livianos y cortesanos en un guerrero como él, tan acostumbrado a dormir al raso y moverse en campos de batalla.

Pero sobre todo disfrutaba con Manolito, el mayor, que llegaría a ser un distinguido oficial del ejército cristino y que ya entonces tenía edad suficiente para ir iniciándose en las artes propias de un buen militar. A petición del duque, su padre le dejaba ir con ellos cuando salían al campo a ejercitarse y a cazar y en esas salidas le enseñaban todo lo necesario para vivaquear, orientarse, atacar y defenderse. El muchacho se había criado escuchando todo tipo de historias bélicas de labios de su padre y de los amigos de este, pero le gustaban especialmente las que el duque le contaba sobre sus aventuras en la pampa y los géneros de guerra y supervivencia de los indios y los gauchos. A Manolito, secretamente, también le enseñó el duque a bailar, condición muy necesaria para cualquier joven oficial y, con conocimiento público, a manejar la espada, campo en el que su padre le reputaba como muy superior, aunque él tampoco era manco.

La primera diligencia a tomar, una vez instalado en Burdeos, fue regularizar su situación en Francia. No resultó difícil. Después de todo gobernaban los Borbones y se sentían muy inseguros en su propia nación por la enorme cantidad de liberales y bonapartistas que había, sobre todo en el Ejército, y un Grande de España acreditado como militar y fiel realista les resultaba grato. Incluso se le invitó a residir en París, extremo que rechazó amablemente. Alejarse de la frontera implicaba estar lejos de una posible acción. Recibió y aceptó, eso sí, un estimable, aunque no cuantioso, donativo de Luis XVIII y otro de su hermano, el conde de Artois, que agradeció muy vivamente por carta y empleó en renovar su vestuario y en comprar algunas armas y caballos para él, su primo Fernando y Manolito. Desde entonces, todos los días salían a cabalgar los tres juntos, a menudo en compañía de algunos de sus partidarios que, en ocasiones menos afortunados, les seguían a la carrera y a pie.

Como quiera que sus actividades, decididamente conspirativas, necesitaban algo de privacidad, el duque utilizó también parte de aquellos subsidios reales en alquilar una casita en el campo, no lejos de Burdeos, en la orilla del Garona en dirección hacia Podensac. Pasó así de hospedado a huésped y de compartir habitación con tres niños a disponer de una pieza con despacho adjunto en el que trabajar.

Desde el primer momento aquella casita, que ofrecía un bonito jardín en el que jugaban los niños y la esposa del general Montefiascone plantaba hortalizas y verduras en previsión de épocas de penuria, se convirtió en foco de conspiración realista. Estaba de continuo llena de españoles exiliados que iban y venían, de reuniones siempre agitadas y apasionantes a las que asistía Manolito emocionado y mirándoles como a héroes (que poco podían pensar entonces que algún día, durante las guerras carlistas, iban a militar en bandos distintos) y con correos constantes llegando y saliendo mientras la policía francesa hacía lo posible por vigilarles discretamente sin lograrlo del todo. En un ambiente campesino como aquel, tenían pocas oportunidades de camuflarse adecuadamente y el duque y sus seguidores les saludaban cortésmente cuando se los cruzaban o topaban con ellos por los caminos de herradura que solían transitar. Incluso a alguno le dieron el pésame y le invitaron a beber cuando llegó la noticia de la muerte de Napoleón en Santa Elena. Muerte que no todos creyeron. Muchos bonapartistas siguieron esperando que regresara como había regresado de Elba hasta muchos años después de aquel 1821. No creían a los ingleses. En realidad, el duque tampoco. Sí estaba convencido de la muerte del antiguo emperador, pero siempre sospechó que los ingleses le habían envenenado. Era la opción más conveniente para ellos.

De Nápoles le llegó al duque de San Félix una carta de su sobrino, el duque de Montefiascone, informándole de que su tío, el general, se encontraba en Burdeos y de que podía buscarles a ambos un buen empleo en los Ejércitos de Nápoles o Roma si decidían

trasladarse a Italia, para lo cual les adjuntaba una cantidad más que suficiente para que pudieran hacerlo con la categoría que convenía a su rango, pero en la seguridad de que no les iba a facilitar ninguna cantidad más en el futuro si no se avenían a razones y seguían empeñados en hacer la guerra por su cuenta. Le escribieron dándole las gracias y prometiendo comportarse como buenos chicos, pero difiriendo *sine die* su traslado a Italia con la excusa de que los franceses eran reacios a verles partir. Le explicaron que Su Majestad Luis XVIII les había invitado a París, lo que no era del todo mentira, y que esperaban de un momento a otro ser invitados a una recepción oficial y consiguieron así que la halagada condición nobiliaria del duque napolitano tuviese paciencia con ellos y volviese a ser generosa una o dos veces más. Mejor aún: les remitió una nueva carta de felicitación en la que insinuaba la posibilidad de acompañarles en su visita a las Tullerías. El duque de Montefiascone tenía libre acceso al rey de Nápoles y visitaba con frecuencia al papa en Roma, donde había conocido a Carlos IV de España poco antes de su muerte, también le había recibido el emperador de Austria en Viena, pero su sed de conocer monarcas era insaciable y le gustaría añadir París a su lista. Le contestaron que les parecía bien y le prometieron que conocería no solo a Luis XVIII también, en cuanto se restableciera el régimen absoluto y pudieran volver a Madrid, a Fernando VII y hasta a Juan VI de Portugal, casado con una hermana del monarca español. Eso le convirtió en un realista acérrimo y obtuvieron de él varios giros más aquel año.

De Ferrara les llegaron muy buenas palabras, pero escaso dinero. No en vano el primo del duque de San Félix y hermano del general Montefiascone, Pedro Carlos, era un eclesiástico de pro. Recibía mucho, pero era parco en dar. Eso sí: aterrorizado por las revueltas carbonarias que todavía conmovían Italia y seguro de que aquellos excesos liberales acabarían con su mundo si no se remedaban, les animaba mucho y decía orar constantemente para que lograsen restablecer el orden en España del mismo modo en que los austriacos lo estaban haciendo en Italia.

Con todo, las aportaciones del duque de Montefiascone les sirvieron de mucho. Parte las utilizaron en mejorar su parco nivel de vida, otro pellizco lo invirtieron en bolsa para obtener ganancias con la especulación, cosa que no se les dio demasiado bien. Con la especulación y los manejos se enriqueció su agente, un burgués liberal y de moralidad escasa, y ellos se empobrecieron, y con el resto del dinero siguieron trabajando en sus planes de sublevación. Compraron más caballos, armas, repartieron pequeños subsidios entre los exiliados que estaban dispuestos a cabalgar bajo sus órdenes, las del duque; el general asumió de inmediato una posición subordinada, al carecer de título nobiliario y estar en presencia de un Grande de España... Y aún les quedaron frentes que cubrir; cuando se conspira y se prepara una guerrilla todo el dinero es poco.

Sin embargo, la gran preocupación del duque de San Félix era reunirse con su familia, su mujer y sus hijos. Ciertamente la relación con su esposa no era la más estrecha que cupiera pensar. Tuvo que dejarla en 1808, al año de casarse, por los acontecimientos de la guerra de la Independencia y más tarde en 1817 para marchar a América. El amor que les había unido en tiempos de Godoy prácticamente había desaparecido. Pero la echaba de menos, seguía teniéndole cariño, aunque sabía que ya había tenido otros amantes en su ausencia y que hacía tiempo que tampoco ella le amaba. El amor había desaparecido, pero un Grande de España ha de ser escrupuloso con las apariencias y mantener la imagen de matrimonio decente y canónico cuando no feliz; por otro lado, no podía evitar recordar los buenos momentos de su convivencia en la corte después del final de la guerra con Napoleón y antes de marchar a América y la consideraba una buena amiga que resultaba grata compañía y no mala consejera. En aquellos años intermedios habían nacido sus tres hijos y el duque sentía la necesidad de verlos crecer y de restablecer de nuevo una familia al uso.

Por su primo Fernando supo que su mujer había dejado Madrid al proclamarse la Constitución de Cádiz en 1820 y que se había

retirado a sus posesiones de Asturias, especialmente a su palacio de Oviedo. Su primo Pedro Carlos, el futuro cardenal, desde Ferrara, le confirmó que seguía allí y que en parte no tenía intención de regresar a la capital mientras durase el régimen liberal y en parte los propios liberales preferían que el palacio de los Acanduer, su casa, estuviera vacío y deshabitado mientras ellos hacían y deshacían a sus anchas en Madrid.

El duque determinó ponerse en contacto con su esposa por carta. Naturalmente, de un modo discreto. En lugar de utilizar el correo público, que las autoridades liberales intervendrían con absoluta seguridad, le confió la misiva a un comerciante francés, adicto realista y frecuentador asiduo del puerto de Gijón, que se prestó a hacerle el favor a cambio de una cierta cantidad de dinero que el duque consideró exagerada, pero no quiso discutir. Entre otras razones porque aquel año España estaba afectada por una terrible epidemia de fiebre amarilla que el Gobierno francés, encabezado por el duque de Richelieu, aprovechó para poner en cuarentena los contactos entre ambos países previniendo de este modo no solo el contagio de la enfermedad, sino también de las ideas que dominaban al sur de los Pirineos y cruzar la frontera no resultaba sencillo en ninguna de las dos direcciones y el comerciante que iba a servirle de correo era uno de los pocos que, gracias a sus contactos y a sus dádivas, podía seguir viajando entre ambas naciones sin demasiados problemas, en parte porque sus viajes eran marítimos y en relación con el puerto de Gijón porque quedaba alejado del foco principal de la epidemia (comenzada en Barcelona y extendida a lo largo de los Pirineos hasta Pamplona). Se encontraba en una posición de fuerza y no quedó otra que pagarle lo que exigía. En la carta le confiaba a su esposa su regreso a Europa, le contaba por encima sus vicisitudes en América y le explicaba sus intenciones de reunirse pronto en Burdeos para volver a ser una familia unida y, en la medida de lo posible, feliz. También le pedía que le enviase dinero, cuanto más mejor, para que pudiera llevar un tren de vida acorde con sus rentas y su posición en el mundo.

Como siempre había sido de natural cauto y, además, muy consciente de que la confianza que pudiera tener en su mujer estaría condicionada en aquellas circunstancias tanto por la presión a la que la tuviera sometida el Gobierno liberal como al azar siempre imprevisible de que estuviera de nuevo enamorada, escribió una segunda carta que su enviado debía entregar, subrepticamente, a su secretario, Galo Escuer, procedente de su señorío de Montearruego y de fidelidad probada a su persona. En su ausencia hacía las veces de mayordomo y administrador y no apreciaba demasiado a su esposa, de modo que, aunque solo fuera por reivindicar su posición frente a ella, tomaría siempre su partido.

Por otro lado, el duque y su primo el general empezaron a cavilar un medio que les permitiera llevar a la familia del primero a Francia, aunque el Gobierno liberal español, o su propia esposa, se opusieran y puesto que la marquesa y sus hijos se encontraban en Asturias y ellos en Burdeos y que la frontera terrestre estaba vigilada por un «Cuerpo de Observación» del Ejército francés compuesto por casi 25.000 hombres, convinieron en que el mejor medio sería, sin duda, el mar. En previsión de tal circunstancia, enviaron a algunos de sus hombres a deambular por los puertos de Aquitania y Bretaña en busca de un barco y una tripulación que pudieran servir a sus propósitos.

Para entonces, ya habían llamado la atención de los agentes liberales y su humilde casita de campo, además de por la policía, empezó a estar vigilada por ellos, tanto españoles como franceses, y hasta localizaron a algún inglés y algún italiano.

El mismo comerciante que llevó las cartas del duque de San Félix a Oviedo le trajo, al cabo de unas pocas semanas, las respuestas.

La marquesa de las Cangas Asturianas, su señora esposa, decía alegrarse de saber de él y de que fueran buenas noticias. Aseguraba que ella también deseaba que se reunieran, pero lo estimaba por completo imposible de momento. Al parecer los liberales la vigilaban de cerca e incluso habían infiltrado algunos espías entre su servidumbre de modo que cualquier movimiento sería detectado y podría tener consecuencias poco gratas. Insistía en que no querían dejarla salir del país ni volver a Madrid. El acoso era sutil, pero existía. Esperaban quizá ver aparecer al duque por allí para constreñirle a reconocer la Constitución de Cádiz o acusarle falsamente de un delito (aunque el de sedición, penado con la muerte, no era tan falso) y llevarle a la cárcel o al patíbulo. Era conocida su posición ideológica y temida por su ascendencia sobre el Ejército, donde se le consideraba un héroe, y su rango nobiliario. Convenía, pues, que de momento se mantuviesen separados. Claro que ella podría trasladarse a Francia con los niños, pero no lo creía buena idea. Las cosas estaban muy revueltas y lo único que le garantizaba cobrar sus rentas era que se encontraba en la provincia que las producía. Las de los señoríos del duque, situados casi todos en Aragón y Cataluña, apenas podía lograr allegarlas. Él sabía mejor que nadie, decía, y tenía razón, que muchos de sus Estados ya eran renuentes al pago a finales del siglo XVIII, originándose pleitos y fraudes de todo tipo, y que la invasión francesa de 1808 solo había

empeorado las cosas, que se habían vuelto ingobernables desde que las Cortes liberales habían suprimido los señoríos en 1820. En resumidas cuentas: que los constitucionalistas habían acabado con ellos. Se les respetaba como propietarios, pero todo desacuerdo debía confiarse a tediosos y costosísimos procesos judiciales que, en su caso, señalados realistas, podían volvérselos fácilmente en contra. De modo que dinero había poco y le envió una ridícula cantidad para subvenir a sus gastos que no le duró ni una semana. Le comunicaba también que su padre, el marqués de las Cangas Asturianas, había muerto el año anterior, poco después del pronunciamiento de Riego, pero por causas naturales. Ahora la marquesa era ella, aunque con la disolución de los señoríos tenía poco más que el título. Y, claro, las fincas.

La otra carta, la del administrador Galo Escuer, era menos tranquilizadora. El buen hombre se quejaba de que, desde su marcha a América, que tachaba de infortunada e irresponsable, habían ido apartándole de la gestión de la Casa. Ahora era poco más que un huésped incómodo al que no echaban por pertenecer al séquito del duque desde hacía años. No obstante, siempre que podían, le hacían viajar y en los últimos años había estado más en Aragón y Cataluña que en Madrid u Oviedo. Incluso habían pretendido, al trasladarse a Asturias, dejarlo en Madrid para cuidar el palacio y administrar los intereses de la Casa en la capital que, en ausencia de toda la familia, eran escasos. Por supuesto, él se había negado. Prefería estar cerca de la señora marquesa y vigilarla de cerca para informar a su señor natural cuando regresase de sus aventuras americanas.

Los favoritos de la marquesa se habían hecho con todo el poder marginando a los leales del duque y humillándolos cuanto les era posible. Muchos habían acabado claudicando y abandonando el servicio o aceptando los puestos secundarios y alejados de la marquesa que les reservaban. Solo él, Galo Escuer, y un puñado de criados y lacayos aragoneses aguantaban a pie firme y suplicaban al duque que hiciera lo posible para regresar pronto y restablecer

el orden en la Casa de Acanduer. Le confirmaba también que el liberalismo se había colado en el servicio y había algunos criados, sobre todo asturianos y castellanos, exculpaba del todo a los aragoneses, que incluso actuaban como espías para las nuevas autoridades. Por eso le recomendaba muchísima prudencia en todos sus actos y se comprometía a mantener contacto secreto con él asegurándose de que ni los favoritos de su esposa ni los espías de sus enemigos supieran de aquella correspondencia.

Con muchos circunloquios y eufemismos, le aconsejaba que no se fiase demasiado de su esposa, la marquesa. Según parecía, tenía un nuevo amante (era ya una costumbre inveterada cada vez que la guerra les alejaba desde 1809 cuando durante su exilio en Londres se permitió sus primeros amantes) y estaba de verdad enamorada, como se enamoraba ella: hasta el delirio y la exaltación. El duque de San Félix sabía muy bien lo que Escuer quería decir porque una vez, cuando todavía gobernaba Godoy y él era un joven segundón que buscaba fortuna en las Reales Guardias de Corps, fue objeto de ese amor fogoso y total que tanto complacía el corazón de su esposa y tan feliz hacía a su desbordado destinatario. Gracias a él y a la rebeldía que le inspiraba, pudo casarse con la heredera de un título y unos señoríos que, socialmente, estaba muy alejada de las posibilidades de lo que el futuro duque era entonces: un simple militar. Su padre se opuso, ella insistió, el futuro duque de San Félix recurrió, casi le avergonzaba reconocerlo, a Godoy y acabó contrayendo un matrimonio ventajoso y lleno de felicidad y amor hasta que la invasión francesa les separó. Después de la Restauración y hasta su marcha a América, las cosas habían sido distintas. Tras seis años de separación, eran prácticamente unos desconocidos. Sentimentalmente se habían olvidado, pero estaban casados y era preciso cumplir con sus obligaciones. Se llevaban bien y fueron compañeros agradables, incluso amantes fogosos y llenos de deseo. Fue en ese periodo en el que nacieron sus hijos. Luego otros cuatro años de separación a causa de la guerra. Aunque su orgullo de hombre y de noble no soportase los cuernos que la marquesa

tenía por costumbre ponerle desde hacía trece años, en lo más profundo de su ser el duque, don Félix Manuel, la comprendía y no era capaz de culparla.

Con todo, el bueno de Galo Escuer le ponía en guardia dándole a entender que para la señora marquesa (él la llamaba siempre así y utilizando mayúsculas) era mejor su ausencia que su presencia, que no estaría nada dispuesta a alejarse de Oviedo donde estaba su nuevo amante y que, como este era soltero, bien podía preferirle muerto para poder volver a casarse que vivo para seguir atada a él. Eso la convertía en una confidente poco fiable de cara a cualquier maniobra de contacto o liberación. El duque no la creía tan abyecta; la conoció bien en los años de corte entre la Restauración y su marcha a América y le atribuía un corazón noble, pero como la prudencia siempre es un buen atributo del militar y del cortesano, determinó mantenerla ajena a sus planes.

Escribió otras dos cartas. A su señora esposa le daba la razón en todo, le aseguraba que no haría locuras y que se mantendría fuera de la política y de las algaradas militares y le decía que si no regresaba a España era porque estaba esperando un destino mejor en París junto a Luis XVIII y que cuando lo consiguiera, la llamaría a la capital francesa donde podría llevar una vida social mucho más brillante y entretenida que en su provinciana Oviedo o en la corte de Madrid. Una dama hermosa, culta e inteligente como ella podía hacerse muy famosa si abría su salón en el centro de Europa.

La estratagema era doble. Por un lado, la tranquilizaba en cuanto a posibles planes de traslado en un futuro inmediato y, por otro, minaba la posición de su rival abriéndole perspectivas a su esposa de brillo social que constituían su más febril ambición. Ya era así cuando muy jovencita consiguió que su padre la sacara de Oviedo para presentarla en la corte y nada había cambiado desde entonces. No en vano, durante su exilio en Londres, se había constituido en una celebridad brillando en el salón de *lord y lady* Holland, sus anfitriones ingleses, y después de 1814 había convertido su salón madrileño en uno de los más apetecidos y famosos. La sola idea de

repetir la hazaña en París necesariamente debía cautivar su ánimo, enfriando su ardor por el nuevo amante provinciano que se hubiera buscado.

La carta al administrador Escuer era de un cariz muy diferente. Le avisaba de que iba a preparar una incursión para hacerse con su familia y llevarla a Burdeos a despecho del Gobierno liberal, que aprovecharía para ello que en verano se trasladaban a la finca de Lugo de Llanera, fuera de Oviedo y no lejos del mar, y que contaba con él como cómplice necesario y leal para llevar a cabo sus intenciones.

Ambas cartas las remitió por el mismo conducto que la vez anterior y recibió del mismo modo las respuestas.

Su mujer se mostró encantada con su sensatez y ante la idea de brillar en París, en su tono y sus palabras adivinó el duque que su estrategia había surtido efecto y que la ambición de protagonizar la vida social de lo que entonces era la capital de Europa restaba centímetro a centímetro espacio al amante en su mente y en su corazón. Había comenzado con buen pie una reconquista más difícil que la de derribar el régimen liberal y restablecer los señoríos.

El leal administrador y secretario se limitó a reiterarle su fidelidad y a ofrecerse para lo que hiciera falta, incluso tomar las armas a pesar de ser hombre de paz y entrado en años.

Mientras tenía lugar esta correspondencia, los agentes del duque y su primo el general Montefiascone, que debían hacer verdaderos esfuerzos para librarse de la vigilancia de la policía francesa y de los liberales (se dieron escenas bastante cómicas en las que varios tipos que disimulaban fatal y se miraban con desconfianza unos a otros iban detrás de uno de los conspiradores que se limitaba, consciente de ser seguido, a dar vueltas sin sentido) habían contactado en La Rochelle con un capitán de barco que podía servir a sus propósitos. Le llamaban Étienne Le Chien y, desde que el comercio negrero se había interrumpido en la ciudad a causa de la insurrección e independencia de Haití, se dedicaba, entre otras actividades criminales, al contrabando. Ciertamente era un individuo

poco recomendable, pero la actividad subversiva y secreta obliga a menudo a tratar con individuos de esta y peor calaña.

El tal *Perro* se mostró dispuesto a cederles su barco para una pequeña expedición armada a la costa cantábrica de España y a no delatarles si le ayudaban a hacer un buen negocio. Tenía un enorme alijo de tabaco y pretendía obtener un rédito mayor vulnerando el monopolio estatal español en la materia. Desgraciadamente, debido a algunas desafortunadas detenciones en Santander y Vizcaya, carecía de contactos con los que mover la mercancía. Si ellos le facilitaban la introducción por Asturias, podían disponer en el mismo viaje de su barco y de su tripulación, compuesta por hombres recios, valientes y fieles, a cambio de una pequeña compensación económica que tomaría como seguro previo contra cualquier riesgo.

Las negociaciones avanzaron rápidamente y llegó el momento en que Étienne Le Chien empezó a tratar directamente con el duque de San Félix.

Para evitar la constante vigilancia de los agentes que rodeaban su casita de campo y que les formaban poca discreta comitiva cuando él, su primo Fernando, el general, y Manolito, su primogénito, salían por las mañanas a cabalgar, se fingió enfermo un par de días al cabo de los cuales, de madrugada, salió de la casa saltando por el lado más oscuro y oculto del muro del jardín y cruzó el Garona en una barca en que se habían acercado a buscarle algunos de sus hombres. En la otra orilla le esperaba un caballo y se puso inmediatamente en camino con una escolta de cuatro españoles y dos franceses adictos a la causa realista. Ninguno de los espías que rodeaban su morada se dio cuenta de esta jugada. Un par de días más tarde regresó del mismo modo subrepticio y, por la mañana, se dejó ver de tal modo que en sus informes los espías reflejaron que había estado algunos días enfermo y sin salir de casa, cuando en realidad se dedicó a una de las gestiones más importantes en lo que llevaba establecido en Francia.

Su cita con el contrabandista tuvo lugar en Saintes, a medio camino entre Burdeos y La Rochelle.

Por supuesto no le dijo quién era ni qué pretendía exactamente. Tan solo le hizo ver que podía sacar beneficio de ayudarle y que cualquier traición acabaría pagándola con la vida. Comprendió ambas cosas muy bien y tanto la avaricia como el miedo, quizá también un cierto sentido del honor, lo mantuvieron leal.

A partir de ese momento, el duque delegó todos los contactos con este individuo en uno de sus bravos españoles, un andaluz leal que había sido contrabandista y corsario él mismo en Cádiz, que luego se distinguió en la guerra contra los franceses y que formó parte de alguna de sus partidas en aquellos años. Era hombre de fiar y estaba también exiliado en Burdeos desde 1820. Fue él, Paco *el Maravillas*, quien se encargó en realidad de preparar los aspectos técnicos de la pequeña incursión en Asturias.

Por su parte, como el dinero se acababa y no llegaba suficiente ni de Oviedo ni de Nápoles y mucho menos de Ferrara y no cabía contar con nuevas subvenciones de la familia real francesa, el duque de San Félix trató de conseguir crédito entre los banqueros y comerciantes de Burdeos. No tuvo demasiada suerte. Su primo Fernando, el general Montefiascone, viajó con el mismo fin a Toulouse y Lyon y obtuvo el mismo resultado. Nadie les daba un solo franco y necesitaban cada vez más y más dinero para mantener su nivel de vida, alimentar su incipiente maquinaria de guerra y pagar a Étienne Le Chien el adelanto que les exigía en concepto de seguro.

Con el crédito cerrado, llegaron a meditar en la posibilidad de piratear algún barco inglés, pero su capitán de contrabandistas se horrorizó ante la idea. Estaban demasiado cerca de Inglaterra para sustraerse a sus navíos de guerra y el Gobierno francés tampoco sería demasiado indulgente con ellos. Hubo, pues, que desdeñar la idea de hacerse piratas por un día. Tampoco les convenía en absoluto delinquir en suelo francés y lo cierto es que su situación empezaba a ser insostenible y no encontraban salida.

Mientras tanto, el duque volvió a ponerse en contacto con Galo Escuer, su secretario en Oviedo, indicándole sus intenciones: debía

estar preparado para facilitarle un guía en la playa que se le indicara en una fecha determinada y, lo que era más difícil, conseguirle un contacto con los contrabandistas que pudiera haber en Asturias para negociar un alijo de tabaco de matute que financiaría la expedición. El buen mayordomo respondió escandalizado: el señor duque le estaba empujando al crimen, decía, y él era un hombre honrado cuya fidelidad no podía forzarse hasta ese punto, eso sin contar el hecho de que no disponía de los contactos que le solicitaba ni sabía muy bien cómo conseguirlos. Afortunadamente, el honrado hombre de negocios francés que les servía de enlace sí conocía algunas personas en Gijón y tuvo la amabilidad, a cambio de un pequeño porcentaje de los beneficios de la operación a sumar a sus comisiones como correo, de ponerlas en contacto con el atribulado don Galo, que acabó accediendo a secundar las intenciones de su señor sin dejar por ello de llorar y protestar de que lo arrastraba al crimen. El duque, don Félix Manuel, le explicó en una nueva carta que se trataba en realidad de un acto de guerra, un lance al servicio de la Casa de Acanduer, del rey y de Dios y le prometió una buena recompensa. Y de ese modo le convenció.

Pero seguía sin medios para pagar el anticipo al capitán contrabandista ni de allegar fondos que proveyeran a su subsistencia como familia y como incipiente partida de guerra. Su primo Fernando regresó de Lyon con las manos vacías y hubo varias juntas en la casita de campo en que habitaban destinadas únicamente a constatar que no disponían de medios adecuados de financiación.

Tras mucho discutir, acabaron cediendo a una propuesta que, en principio, y cuando se enunció en la primera junta, les hizo reír a todos a mandíbula batiente antes de desestimarla. Entre sus hombres había uno al que llamaban *el Capuchino*, porque lo había sido. Durante sus años conventuales se había dedicado, con permiso de su superior y en el mayor secreto, a la alquimia. Y había aprendido a destilar excelentes licores y a transmutar el plomo en oro. Dicho así se comprenderá la generalizada hilaridad de quienes escucharon la primera exposición de su propuesta, pero cuando insistió en ella

y le dejaron explicarse mejor, resultó que el antiguo monje, además de en excelente destilador, se había convertido, gracias a la alquimia, en no mal falsificador.

Establecieron un pequeño taller en el sótano de la casa y tras las primeras pruebas quedaron satisfechos de la calidad de su trabajo. Evidentemente, con tantos ojos concentrados en ellos, no podían comenzar en serio un negocio de falsificación de metales o moneda, pero consiguieron unos cuantos lingotes que presentados a Étienne Le Chien bastaron para convencerle de que le pagaban espléndidamente sus servicios. Como habían falsificado hasta el sello del Banco de San Carlos, el incauto contrabandista, que ya barruntaba su condición de exiliados de alto rango, ni siquiera se molestó en comprobar que el oro que le entregaron en depósito era real. Para evitar ulteriores complicaciones y siguiendo el consejo de Paco el Maravillas, el duque y su primo procuraron que los lingotes estuvieran poco tiempo en su poder, para lo cual otro de sus fieles, este francés, se puso en contacto con uno de los rivales del Perro y tramó con él el robo de los lingotes. Esto abrió una guerra entre ambas bandas de delincuentes, pero tal circunstancia, lejos de perjudicarles, les beneficiaba. Étienne Le Chien necesitaba aliados y ellos tenían hombres con experiencia militar y dispuestos a todo que podían llegar a serle muy útiles, con lo cual se estrechó su alianza. Por otro lado, aunque su rival, que empezó a buscar con muy malas intenciones a quien le había inducido al robo de oro falso, quiso hacer la paz sobre la certeza de que aquellos malditos españoles le habían engañado entregándole lingotes chungos, el contrabandista nunca le creyó. Pensaba que se trataba de una patraña para quedarse con el botín arrebatado. Evidentemente, ellos le juraron repetidas veces que le habían pagado con oro de verdad, sustraído en el mismísimo Banco de San Carlos de Madrid justo antes del golpe de Riego.

Bien es cierto que este pago a Le Chien no resolvía sus problemas de supervivencia a largo plazo, pero servía para iniciar su operación de rescate. En lo que respecta a las demás necesidades,

determinaron vivir a crédito mientras ello fuera posible y no encontrasen otro medio de financiación. El recorrido de esta estrategia era corto, pero no tenían una solución mejor habida cuenta de que sus inversiones en bolsa no rendían demasiados beneficios.

Como medida desesperada, volvieron a escribirle al duque de Montefiascone, que ya desesperaba de su visita a las Tullerías y cerraba su bolsa, pidiéndole que gestionara algún tipo de subvención o crédito ante el rey de Nápoles. Se comprometió a ello, pero no hizo nada. Tampoco el primo Carlos Fernando, futuro cardenal papable, al que le pidieron que interviniera ante el papa y el emperador de Austria.